

**CENTRO JUVENIL DE PREVENCIÓN «EL PUERTO»:  
CONSTRUYENDO UNA PROPUESTA METODOLÓGICA PARA EL TRABAJO CON  
JOVENES**

Fernando Flores  
Angélica Flores  
Sandra Oyarzún

## **Introducción**

El análisis siguiente se hace sobre la base del trabajo realizado desde abril de 1993, en el Centro Juvenil de Prevención «El Puerto», enmarcado dentro de las actuales políticas juveniles del Servicio Nacional de Menores (Sename). Es por tanto, un trabajo social dual, por la doble vinculación: con el sector público (Sename) y el sector privado (Parroquia La Matriz, equipo ejecutor).

Esta dualidad, va a marcar desde los inicios de la experiencia, el trabajo social desde lo teórico a lo práctico, que no obstante tener un lineamiento general (la propuesta), se va haciendo en la conjunción de estos dos componentes: se responde a una política gubernamental (que otorga el financiamiento) y a una propuesta técnico-profesional, basada en las necesidades del joven con quien se trabaja.

Si nos centramos en el componente técnico-profesional, objeto de estudio del presente trabajo, veremos cómo se conjuga lo experiencial, la formación de cada cual, con las exigencias de una realidad inicialmente poco diagnosticada y un quehacer propio del joven, para llegar a determinar en específico, una metodología apropiada al sujeto de acción, más allá de concepciones previamente establecidas.

Conjuntamente como se avanza en la relación con los jóvenes, se va profundizando en el diagnóstico de la realidad abordada, estableciendo las primeras líneas de acción y reformulando las líneas de trabajo inicialmente establecidas. Se trabaja por tanto en un proceso de investigación-acción, como un continuo.

Así se van generando etapas y procesos que dan forma a un estilo y una metodología especial que intentamos explicar en las páginas siguientes.

## **Respecto de la metodología**

En primer lugar si definimos nuestro sujeto, podemos señalar que se trata de jóvenes urbano populares, entre 13 y 18 años, de ambos sexos, que tengan asociado uno o más factores de riesgo social; entendido este último como aquellas circunstancias especiales (tuición alterada, alcoholismo paterno, deserción escolar, etc.) que afectan actual o potencialmente su normal desarrollo biopsicosocial del joven y por ende su adaptación positiva al medio social. Esta primera definición nos introduce en el cómo, ya que la metodología utilizada está íntimamente ligada al sujeto de acción.

El proceso llevado a cabo a la fecha, en general, distingue etapas, y de este modo, nos encontramos con distintas aproximaciones a la realidad del sujeto de acción.

En la primera etapa, se da curso a un trabajo focalizado, insertándose en el sector donde reside el joven. Se llega a los grupos naturales de esquina, club deportivo y otros; el abordaje es a nivel grupal y la adhesión voluntaria. La propuesta consiste en un espacio de encuentro espontáneo, para cobijarse del entorno, del aburrimiento, del clima y combatir la soledad en forma colectiva. En otras palabras: desde un comienzo se trabaja *en y desde* la comunidad, con un trabajo de calle, de esquinas, de coordinación con organizaciones comunitarias, entre otros.

En una segunda etapa, se desarrolla un proceso con varios hitos importantes, entre los cuales destaca como base el de la legitimación del educador en el grupo y la comunidad de trabajo a través de:

- \* El desarrollo de una relación horizontal con los jóvenes, tanto a nivel individual como grupal.
- \* La relación personalizada, cara a cara.
- \* El desarrollo de una dinámica participativa.
- \* La identificación de códigos de lenguaje, interacción y cotidianeidad del joven, a través de la observación participante.
- \* Transformarse en un agente externo, pero no ajeno, capaz de participar en su dinámica natural y no alterarla.

Como segundo hito en importancia, tenemos el haber intencionado una dinámica tendiente a hacer conciencia de la importancia de la organización como sumatoria de lo individual, como medio de lograr objetivos en forma más eficaz y eficiente.

Con esto, obviamente, se pretende sentar las bases del trabajo grupal, cual es la estrategia metodológica planteada en el proyecto original, y mantenida en su adaptación al trabajo práctico.

Otro hito, es el rescate de la participación colectiva, con matices distintos conforme al sector donde se trabaja, las características y experiencia del educador y del grupo mismo. Esto, porque se comprobó, lo que muchos estudios han señalado, que las comunidades urbano populares, y por ende, los jóvenes, se encuentran atomizados, sin una perspectiva más allá de lo individual. Así se da que en un grupo (son tres, en distintos cerros), la participación está basada en un grupo de líderes que entrega las líneas generales y el colectivo se integra en esta propuesta; en otro, está definitivamente con base en la asamblea, es decir, hay una elaboración grupal; y en el otro, más basado en la dirección que el educador entrega, para lo cual el grupo se plega a una iniciativa ya estructurada.

Todo lo anterior, configura el uso de técnicas distintas que originan grupos juveniles también diferentes en cada sector.

Lo antes señalado, indica en forma esquemática el cómo, introduce en el análisis de la concepción metodológica que subyace a este trabajo, ya que consideramos relevante, más que el

desarrollo de conceptos por muchos conocidos y desarrollar como en la práctica, hacemos realidad aquéllos.

### **Respecto de la justificación teórica o marco referencial**

Más que analizar la justificación o base teórica de la opción, nos referiremos a varios conceptos que guardan relación con nuestra opción metodológica, y muy en especial, con nuestro sujeto de atención, como lo es el recordar que se trabaja con individuos en período de adolescencia, o sea, aquel período del ciclo vital, entre los 12 y 19 años, que se caracteriza por una búsqueda de la identidad personal y la autonomía. Es un período de crisis, ya que se enfrenta el complicado proceso de pasar de la infancia a la adultez. Es un proceso cultural, ya que si bien tiene características comunes a todo joven, se desarrolla en forma distinta de acuerdo al contexto social en que se desenvuelve el individuo. Esto último cobra vital importancia en este análisis, por cuanto se trabaja con jóvenes urbano populares insertos en una cultura mayor que ofrece variadas contradicciones, como lo es el consumismo y su *endiosamiento*, ampliamente publicitado por «jóvenes ideales, hermosos y felices»; y la tendencia al individualismo por sobre lo colectivo, que evidentemente los deja en situación de desmedro frente a un mundo juvenil global.

Del concepto adolescencia surge el de identidad, entendida desde la perspectiva individual y como proceso grupal.

La identidad individual, como proceso propio de la etapa adolescente, la entendemos como aquella configuración que permite a un individuo diferenciarse del resto, creando un sistema valórico, emocional e interaccional que le hace ser lo que es, que lo caracteriza en forma esencial.

Al interactuar con otros, y al ser intencionada esa interacción surge el grupo, ya no como conjunto de personas relacionadas al azar, sino como personas o individuos reunidos en torno a objetivos y actividades comunes, que poseen experiencias y lugares compartidos, y al interior de éste, va naciendo la identidad grupal como proceso que configura una unidad especial y distinta dentro de otras unidades que conforman una comunidad, la que entendemos como aquel grupo mayor de personas situadas en un territorio específico, con normas de convivencia, relaciones de vecindad y amistad, que comparten problemas y se organizan de un modo específico.

Situado el joven en un grupo y éste en un comunidad, podemos observar dos procesos interesantes de ver por separado, como lo son el de legitimización y de comunicación.

En un grupo o centro juvenil, el proceso de legitimización se da en diferentes niveles. Así tenemos el que concurre cuando el educador (entendido más como facilitador, coordinador, que como el que enseña desde una posición superior) logra ser aceptado, respetado y reconocido por el grupo de jóvenes; el que logra el grupo dentro de su comunidad al ser reconocido como una instancia juvenil, válida en el sector; y el que logran los jóvenes al interior del grupo cuando son considerados miembros de esa organización microsociedad.

El proceso unificador de los anteriores resulta ser el de comunicación, en especial cuando se da en forma horizontal, permitiendo la expresión libre y espontánea de los individuos, el respeto a sus códigos verbales y corporales de su subcultura juvenil urbano popular.

Cuando se trabaja con jóvenes como los definimos anteriormente, con objetivos de promoción y desarrollo, es indispensable tener en cuenta este marco conceptual, que creemos está a la base de muchas experiencias similares a la nuestra y que da origen a un modelo de intervención participativo que rescata las potencialidades y habilidades de este sujeto juvenil particular, y que permite por tanto, la aplicación de una metodología con base en la educación popular. Evidentemente, se justifica en lo práctico, en la medida que da respuesta a las necesidades del joven de participación activa, y responde a las expectativas de un equipo de trabajo con confianza en la capacidad de este grupo étnico de la población, de crear sus propias respuestas, espacios particulares y en especial su fuerza vital en pleno auge y desarrollo.

Se justifica asimismo, en el fracaso de opciones más verticalistas y paternalistas, que tal vez, y sólo tal vez, fueron adecuadas al período histórico anterior al actual; pero que en el contexto social actual y como aporte micro a superar el daño provocado a las generaciones juveniles, debe propenderse a la formación de un hombre nuevo, creador, participativo y solidario.

La casi fe en las potencialidades del grupo, se basa precisamente en la necesidad real de generar conductas solidarias en los jóvenes, en una sociedad que ha impulsado la competitividad e individualismo y ha ido aislando especialmente a los sectores urbano populares (entre otros a los jóvenes), como respuesta colectiva a necesidades de encuentro y espacio que la sociedad global les ha negado sistemáticamente.

Es también importante considerar, desde nuestro punto de vista, la dinamicidad de los procesos que viven las comunidades, grupos e individuos; de ahí la consideración especial al continuo investigación-acción, de modo de ir retroalimentando las acciones y adaptándolas permanentemente al devenir de estos sucesos.

Cobra relevancia, el que trabajemos con un joven organizado grupalmente al interior de su comunidad de origen como medio de activar las redes sociales de éste, es decir, aquellas relaciones significativas que una persona establece cotidianamente y a lo largo de su vida. Por ello, es también, que dentro de una metodología participativa basada en la educación popular, el educador es más bien un facilitador, legitimado, pero aun así agente externo, que sólo circunstancialmente se relaciona con el joven, y por ende no suplanta ni debe suplantar las interacciones, ni relaciones naturales de éste, sino más bien potenciarlas.

Son las redes sociales de un individuo, las que finalmente cumplen las funciones de compañía social, apoyo emocional, guía y consejo e intercambio de información, regulación social y apoyo instrumental; además de posibilitar la inserción social de la persona, proceso básico para el desarrollo de su identidad.

Considerar las redes sociales, supone, un modelo de intervención activo, que lleva al profesional y técnico a salir a la comunidad y explorar activamente sus necesidades, y convertirse en parte de esta red, sin intentar suplantar, las funciones de ésta como si ellas fueran privativas de los «especialistas» o trabajadores sociales.

Creemos por tanto, que no sólo es posible plantearse un modelo de intervención social que relacione el cumplimiento de objetivos de promoción y desarrollo, con este sujeto juvenil particular, sino que de todas formas necesario, para lograrlos.

Cuando se trabaja con personas, y en especial con jóvenes, se requiere opciones técnicas que den cuenta del modelo o ideal que se pretende alcanzar y de una metodología o un cómo hacer operacionable ese modelo, que guíe el accionar técnico-profesional, para evitar someter a experimentos intuitivos a esos sujetos de acción. Los objetivos de promoción y desarrollo, son especialmente desarrollados al seno de una metodología participativa, en otro contexto teórico, y a la luz de las actuales concepciones teórico-metodológicas, son hasta incongruentes. Lo anterior pudiese parecer de perogrullo, no obstante, resulta conveniente destacarlo en el presente análisis para quienes trabajamos en el área y al alero de organismos públicos. Además, nuestras formaciones profesionales y técnicas, corresponden a otras vertientes, y si hemos llegado a esta opción es producto de intervenciones con mayor o menor grado de fracaso y de una «formación alternativa» en el quehacer con sectores urbano populares, y sociales en general.

### **Respecto de la relación metodología y sujeto de trabajo**

El considerar al sujeto de trabajo, como un componente activo de las intervenciones sociales, no sólo entrega mayor efectividad a éstos, sino que los hace congruentes.

La relación existente entre éste y la opción metodológica es obviamente de interdependencia. Las metodologías no son más recetas aplicables a cualquier realidad social, sino que han nacido del redescubrir desde los sujetos sus formas especiales de organizarse y dar respuesta a sus necesidades y problemas.

Surgen también, del desmitificar al profesional y técnico como el gran hacedor de transformaciones y ponerlo en el sitio del facilitador, del que se incorpora como un miembro más de la red social que aporta distintos, pero complementarios, contenidos e información.

Se hizo mención en la introducción a un trabajo social dual, y este punto cobra importancia retomararlo, ya que los servicios públicos, con sus organizaciones administrativas y técnicas, han señalado pautas de trabajo con niños, jóvenes y personas en general; que sólo se han ido modificando por la constante labor de los equipos técnicos de organizaciones colaboradoras en pro de «explicar» las realidades trabajadas, las opciones teóricas y metodológicas que dan cuenta de esa realidad y que sobrepasan los modelos tradicionales establecidos, no obstante, aún queda por hacer en este aspecto. En especial en lo que dice relación con el sujeto de acción, que es definido como el cliente o asistido y no como recurso en la acción social; sino basta ver el denominado perfil psicosocial del menor en situación irregular o en circunstancias especialmente difíciles, que no es más que un listado de los déficit de niños y jóvenes atendidos en la red

Sename; no hay una sola mención a sus habilidades y destrezas como lo son su alto grado de ubicación espacial, su autonomía, su capacidad de sobrevivencia, etc.

## **Consideraciones finales**

El análisis del qué hacemos, cómo lo hacemos y basados en qué, es una tarea bastante complicada en los grupos de trabajo, puesto que el quehacer con los jóvenes bajo teorías y metodologías participativas, demanda una entrega casi exclusiva de parte de los educadores, lo que resta tiempo a la necesaria reflexión.

No obstante, es un esfuerzo constante y necesario, ya que este mismo trabajo va planteando interrogantes y desafíos continuos, que sólo se van aclarando con la reflexión y planificación del equipo.

Cobra importancia, la participación de los jóvenes sujeto de acción en esta reflexión, a los cuales se les ha ido incorporando casi tímidamente (encuentro de jóvenes y educadores realizado en Llay-Llay, por ejemplo), y que sin embargo, arrojó resultados inesperados, cuando los jóvenes fueron capaces de sentarse con autoridades y de equipos técnicos y plantear sus necesidades y las respuestas requeridas.

Al iniciar la reflexión se abren interrogantes que no intentaremos responder, sino dejarlas abiertas, no para un próximo artículo, sino a la discusión: «es posible mantener la coherencia entre teoría metodología participativa en un contexto organizacional más bien directivo, con normas administrativas, contables, y técnicas preestablecidas e iguales, sin considerar especificidades de realidades particulares...». (Poner la referencia de la cita)

Resulta factible, cuando se trabaja a nivel micro dentro de políticas gubernamentales, macrosociales y, desarrolladas bajo criterios políticos y económicos fundamentales, hacer operacionables objetivos de promoción y desarrollo en jóvenes y comunidades urbano populares (cuyas particularidades y requerimientos sólo fueron considerados a nivel estadístico), sin llevar a los grupos a contraponerse a éstos y caer en conflictos.

Finalmente, cómo integrar a los sectores de toma de decisiones a esta reflexión de modo de crear conciencia en ellos, de las realidades abordadas por los equipos de trabajo y para evitar «el moverse» más o menos eficazmente en el contexto político-social y evitar desgaste de energías requeridos para el trabajo social.

VALPARAISO, marzo de 1995